

UN DISCURSO ACERCA DEL MUNDO Y DEL PODER:
LA FEA BURGUESÍA DE MIGUEL ESPINOSA

CECILIO ALONSO
Universidad de Valencia

Leída y comentada con devoción por un sector minoritario que parece haber asumido la difícil tarea de echar un pulso con el olvido y de mejorar su recepción por futuras promociones de lectores, la singular obra de Miguel Espinosa se está consolidando entre los valores más firmes de nuestra literatura en el siglo que termina.

Desde la temprana muerte del escritor, hace justamente diez años, el aprecio por sus libros publicados se afianza. A los coloquios y congresos convocados por las universidades Complutense (1989), Salamanca (1990) o Murcia (1991) hay que sumar números de homenaje y documentación en revistas como *Quimera* (núm. 64) o las más recientes aportaciones de la tinerfeña *La página* (núm. 4) y *El Urogallo* (núm. 59), entre otras. La bibliografía brota paradójicamente en medios universitarios con los que el escritor fue muy severo, y no deja de ser curioso que, pese a ello, cierta inusitada dosis de fervor temple ahora el rigor del escalpelo académico. La rareza semántica de la obra de Espinosa genera escoliastas incondicionales que están dando lugar a un nuevo culto literario. Y bienvenido sea porque no andamos muy sobrados.

Miguel Espinosa (Caravaca, 1926) fue escritor de vocación profunda. Alejado de toda publicidad durante sus años de formación, se dio a conocer en plena madurez con una obra maestra de alcance filosófico-literario, concebida con una vasta alegoría de sig-

nificado universal: *Escuela de mandarines* (1974). Seis años después apareció su segunda novela: *La tribada falsaria*, de estructura epistolar que partiendo de una anécdota muy concreta se extendía en espiral mediante reiterados asedios lingüísticos del más virtuoso clasicismo para sustanciar el sentido último de aquella.

Muerto prematuramente en abril de 1982, Espinosa dejó abundantes inéditos, algunos de los cuales han ido publicándose al hilo del creciente interés por su producción: así *La tribada confusa* (1984) —reeditada conjuntamente con su primera parte, introducida por Gonzalo Sobejano en 1986— y *Asklepios. El último griego* (1985), cuya redacción data de los primeros años sesenta, nostálgica reflexión sobre la juventud como edad de expectativas, que aúna experiencia histórica y personal en una sensitiva afirmación vitalista sustentada en el respeto al ciclo natural agotamiento/reproducción, con la prosa mejor destilada en español.

Por fin nos llega su libro más esperado: *La fea burguesía* (Alfaguara, 1990), del que se habían anticipado algunos fragmentos y cuyo manuscrito ha sido cuidadosamente revisado por sus albaceas literarios (su hijo Juan y su amigo José López Martí). Concluido hacia 1976, podría situarse cronológicamente entre *Escuela de mandarines* y *Tribada*.

Como es habitual en la obra de Espinosa, no falta aquí un fuerte componente filosófico expresado con arte que, por encima de los sucesos argumentales que constituyen la 'realidad ostensible', se erige en 'mundo' (= 'semblante originario del ser' manifestado en el lenguaje) que destruye irónicamente aquella realidad aparential superándola y transformándola en literaria —según la wittgensteiniana formulación del citado López Martí (véase su artículo «El mundo como destrucción de la realidad», en *Márgenes*, 3. Murcia, 1981-82, pp. 15-16). Pero además en *La fea burguesía* se funde lo ontológico con lo histórico. La extrañación temporal no es tan rigurosa como en *Escuela de mandarines* y hay indicios suficientes (fechas, referencias más o menos veladas) para sospechar que esta sugestiva novela registra simbólicamente modelos de conducta que alteraron de manera perniciosa las relaciones sociales y familiares en el transcurso del desarrollo económico español entre los años cuarenta y sesenta. Los protagonistas evidencian degradación moral y pérdida de autenticidad humana conforme se incrementa la posesión de bienes materiales y su integración en los mecanismos de Poder. Algunos de ellos

son de origen modesto, proceden de familias sencillas, de barrios y casas humildes evocadas no sin nostalgia con breves pero intensas pinceladas pratiniananas. Podría pensarse que se trata de seres impulsados a medrar por determinismo de su instinto de supervivencia. Sin embargo, más que la imagen de eventuales procesos de desclasamiento, el texto de Espinosa nos muestra todo un proceso de desnaturalización sustancial a través de la metamorfosis camaleónica de unos personajes que encuentran su gloria en ser partícipes del Poder.

La novela se divide en dos partes. La primera de ellas —*Clase media*— relata sucesivamente cuatro historias de matrimonios, de similar estructura narrativa, cuyas principales constantes de significación son el individualismo egoísta, la autoestima, la avaricia de bienestar, la ostentación y el gasto, la subordinación ciega a los 'benefactores', la emulación y el automatismo moral, el revanchismo profesional, el fagocitarismo femenino ejercido por mujeres no emancipadas... Espinosa aparenta aventurarse en la construcción de personajes arquetípicos pero tratándolos con una ironía tan activa que les confiere complejidad y neutraliza el riesgo de caer en esquematismos empobrecedores o en otras formas de neocostumbrismo literario. En todo caso resultan arquetipos muy contrastados, sometidos a un sistemático perspectivismo. En *La fea burguesía* toda mostración de un suceso va seguida de comentarios interpretativos formulados por la omnisciencia narrativa o por otros personajes fugaces que comparecen a tal fin directa o indirectamente. Perspectivismo que se materializa también en la continuada oposición estructural entre dos grupos de personajes: el de los arribistas, opulentos, establecidos orgullosamente en el reino de los hechos, legitimados por su dinero, y enfrente, como contrapunto inevitable, el de los pobres que teorizan para explicar el mundo sin llegar a dominarlo, que preservan su pureza y vagabundean humillados en su marginación: «Los hundidos evidencian que estoy levantado», proclama autosatisfecho el almacenista Krensler (p. 66). Pero la función de estos sufrientes no es otra que la de reforzar una actitud vital de resistencia mediante el lenguaje que conjura, denuncia, transforma y libera, como corrobora la página final del libro, reveladora de su motivación última: «Un hombre fue tentado, por otro hombre, a inclinarse por lo que no podía alcanzar, dada su naturaleza, lo cual entraña la más alta tentación, pues conduce a la desesperación. El tentado, empero,

resistió la seducción mediante la acción de escucharla y transcribirla, retratando con ello al tentador y apartándolo de sí» (p. 292). Esta enigmática declaración viene a ser, por otro lado, la clave de la segunda parte de la novela —*Clase gozante*—. En ella un oscuro vendedor de embutidos apellidado Godínez (narrador homodiegético), avasallado por la prepotencia del diplomático Camilo, amigo de infancia que le persigue con un discurso absorbente acerca del poder y de la mundanidad, asume el papel de irónico evangelista como único medio de autoprotección. Camilo, cínico, engreído, instalado en 'la esfera de las cosas y los beneficios', 'manumitido del verbo y del concepto' y pese a ello revelador de verdades positivas y amargas, va desgranando su doctrina de la diferencia entre los hombres en lo que esta especie de anticristo funcionario denomina su 'contraevangelio' (p. 270). Una frondosa dialéctica de referencias a numerosos personajes cuyas conductas dispares son examinadas por Camilo como pruebas a favor de su credo, desemboca en parodia mística cuando el privilegiado eleva su salmo blasfemo al Benefactor «que rectificó la obra de Dios», mientras su esposa Clotilde entona el *magnificat* en honor del Valedor «cuya boca enuncia el vocablo que se transmuta moneda, reino del ser, paradigma de fortaleza y fuente de seguridad» (p. 289).

No importa que *Clase gozante* adolezca de escasa progresión narrativa, ni que reitere a lo largo de ciento ochenta páginas el mismo modelo formal. Su progresión es interna y afecta al orden del conocimiento más que al de la expansión y verosimilitud argumentales. No obstante, amenizan y agilizan la lectura abundantes peripecias, relatos embrionarios a la manera de *exempla* y, sobre todo, la versatilidad del punto de vista que un narrador-testigo (Godínez) cede a su interlocutor Camilo para que controle el relato dando entrada a múltiples y contradictorias voces de otros personajes cuyo destino final es ser juzgados y clasificados por el altanero diplomático, pero que al mismo tiempo configuran su falsa conciencia.

Entre las obras del autor, *La fea burguesía* es el exponente más explícito y temporalizado de su concepto de moral social, aunque es cierto que las claves personales de tal concepto ya habían sido declaradas en *Asklepios*, lo que patentiza la coherencia de principios a lo largo de su producción: «Amo a los débiles; pienso que la heroicidad aparece forzosamente en ciertos individuos, *verbi*

gratia, en quienes trabajan y no ganan para el desayuno. Entre tales, me siento como entre los míos, y también entre quienes muerden su hogaza de salazón y contemplan sencillamente el espectáculo del sábado. Por las buenas familias, los poderosos, los exquisitos, los calologistas y los adoctrinados no siento simpatía».

Los conflictos riqueza/pobreza, hermandad/insolidaridad, muy vivos en este libro, revelan probablemente el parentesco del escritor Miguel Espinosa con sus coetáneos socialrealistas, pero ¡qué lejano de ellos nos aparece desde su planteamiento estético, basado en la densidad del lenguaje y el gusto clásico! Una estética crítica, sujeta al 'decir intencionado' no al 'hablar documentario', que supera desde la reflexión lógica el epos sublimador primario y esquemático que solía limitar al objetivismo narrativo del medio siglo, y con resultados incomparablemente más prometedores en sus expectativas de supervivencia como obra artística.

Ternura y lucidez, sátira y sentimiento profundo: literatura de resistencia, escritura que salva y busca la unidad con sus fines desinteresadamente. Y que responde a todas luces a unas coordenadas morales ¡ay! que han perdido gran parte de su vigencia en el transcurso de los últimos veinte años.

¡Cuánto hemos perdido no leyendo a Espinosa a su debido tiempo!

BLANK PAGE